

Opiniones más autorizadas que la propia sobre la labor literaria de Azuela, terminarán estas páginas de manera oportuna. El ilustre escritor Valery Larbaud, en su excelente prólogo a la traducción francesa de *Los de Abajo*, no titubea en recordar, como referencia en cuanto a estilo,

el alto nombre de Tácito. Y el perspicaz crítico francés Marcel Brion, a propósito de la agonía y muerte de José María en *La Luciérnaga*, menciona a Dostoyewski. Citas suficientes para demostrar que en Mariano Azuela tienen las letras mexicanas un novelista de talla mundial.

EL ESTADO DE MICHOACAN

P o r S A L V A D O R P I N E D A

Plática sustentada a través de la X E X X Radio Universidad Nacional, en la hora dedicada a Michoacán, el 8 de agosto último.

LA geografía de Michoacán es propicia para la vida errante, debido a la insinuante invitación de sus panoramas para seguir sus caminos largos que no terminan nunca y llevan a todas partes. De ahí, que en consecuencia con el maravilloso relieve de su suelo, abundan los tipos pintorescos con una marcada tendencia de exploradores de rumbos y de eternos caminantes. Atributos innatos que hacen de cada hombre un típico aventurero que vive siempre en los caminos porque su ánimo en marcha le empuja constantemente a la azarosa búsqueda de horizontes nuevos. A través de las brillantes páginas de Vicente Riva Palacio y de Eduardo Ruiz, cuyos libros merecen ser considerados como la *Iliada* y la *Odisea* de Michoacán por los relatos bélicos y costumbristas que contienen, podemos todavía sentir, identificados con la suerte de los reales personajes que en tendencioso caminar se transportan de región a región, las tonalidades vibrantes del paisaje y la sensualidad brutal de la abundante naturaleza tropical.

Hemos de encontrar también, a través de nuestra Historia, célebres caudillos que se refugian en su suelo para adquirir fama de invencibles, valiéndose de la natural defensa que proporcionan los intrincados rincones de las tierras michoacanas que detienen a los que desconocen sus rutas. Así, podríamos citar a los generales Pueblita, Arteaga y Salazar, intrépidos combatientes de la Guerra de Intervención que se hicieron temibles entre los belgas por su audacia y su admirable habilidad para moverse con ventaja en el terreno accidentado. Y para no citar sino dos ejemplos de los últimos períodos revolucionarios, podríamos hablar del general Gertrudis Sánchez; famoso en

toda la región por su destreza en el oficio recio de encumbrar cerros y atravesar llanuras; y el bandolero Inés García, que vale la pena de recordarse por ser la expresión perfecta del salteador de caminos, sin ideales ni bandera, que sólo se convierte en cabecilla por el placer de sentirse dueño de los mejores caballos y llamarse el azote de planes y alturas.

Pero el más importante de todos por sus hechos de guerrillero de primera categoría, es Nicolás Romero, el león de la montaña como le llamaron los franceses, tipo clásico del mestizo sin más limitación que su conducta de corredor de montes y sin más ley que su libre condición de jinete que a galope tendido atraviesa llanos y lomas para poner a prueba la velocidad de su brazo y de su caballo.

Cuando México parecía asumir una actitud de doliente resignación ante los invasores extranjeros, los caudillos de la guerra nacional se mantenían en pie en las regiones de Michoacán, dispuestos a empuñar el pabellón de la libertad y caer si era preciso, según la frase de Riva Palacio, con la postura noble de un gladiador romano y con la dignidad de una estatua griega, pero siempre con la canción en los labios y el supremo recurso de decir, interpretando la voz de México, como aquel semidios de Homero: "Me salvaré a pesar de los dioses".

LA TRADICION UNIVERSITARIA DE MICHOACAN

Pero además de este carácter aventurero que campea en los espíritus regionales, los centros de cultura han tenido un poderoso arraigo en la conciencia de sus pueblos. El pasado de la Universidad Michoacana es de siglos; tiene sus orígenes en el seno de la Conquista y en la sensibili-

dad del espíritu colonial. Es en 1531 cuando Fray Juan de San Miguel fundó en Guayangareo el Colegio de San Miguel, que aunque de cortos alcances pedagógicos tuvo el mérito de iniciar a los indios en las primeras letras. Poco tiempo después los Agustinos establecen en Tiripetío la Casa de Estudios Superiores, institución en que frailes ilustres, provenientes de las Universidades de Salamanca y Alcalá de Henares, como Fray Diego de Basalencque, Fray Juan de San Román y Fray Alonso de la Veracruz, impartieron eficazmente sus enseñanzas. En 1540 don Vasco de Quiroga establece en Pátzcuaro el Colegio de San Nicolás Obispo, cuyos principales estudios versaban fundamentalmente sobre cuestiones lingüísticas y religiosas, y en el que ya apuntan los principios básicos de la futura ideología universitaria, poniendo de relieve las cualidades pedagógicas de don Vasco "de cuya vida diáfana, comparable a los paisajes de la laguna legendaria, quedan aún huellas en pueblos y caminos". En 1580, al cambiarse la sede episcopal, el Colegio de San Nicolás, unido con el de San Miguel, es trasladado a la ciudad de Morelia, donde siguió funcionando por mucho tiempo como escuela dedicada a los estudios científicos.

Sin embargo, las nuevas corrientes de la cultura requerían una reforma total en la organización, y en 1917 se declara constituida legalmente la Universidad Michoacana que surge en la vida nacional con una orientación encaminada a resolver los problemas culturales del país.

La Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, nombre que lleva en memoria de su ilustre rector, ha sido el eco del pensamiento puro y el refugio de la libertad; ha sabido modelar la vida heroica de los hombres de México y lo máspreciado de nuestras generaciones ha desfilado por sus aulas. Se cuentan entre sus hijos las figuras gloriosas de Hidalgo, Morelos, Melchor Ocampo, Sixto Verduzco, Santos Degollado, Jacinto Pallares, Nicolás León y el Dr. Miguel Silva. Ante estas personalidades que resumen el pensamiento universitario de ayer, los nicolaitas de hoy no deben olvidar la significación tradicional de sus fuerzas ideológicas cuyo símbolo se estampa en el propio escudo del Colegio de San Nicolás que, al margen de las reglas heráldicas, ha sido poéticamente interpretado como "Daos a la armonía bajo la sombra de la fe".

EL NORTE Y EL SUR DE MICHOCAN

El Estado de Michoacán podría clasificarse en dos extensiones geográficas delimitadas.

La región del Norte o "tierra fría", donde existen las grandes ciudades que se han adaptado a los métodos técnicos de vida, y los campos féculos en que se siembra el trigo y la cebada, mediante modernos procedimientos de cultivo, como el tractor, la trilladora y las demás maquinarias que facilitan la explotación de la tierra; y la región del Sur, "tierra caliente" o "tierra del sol" como le llaman los tarascos, donde se sitúa la geografía del maíz y del ajonjolí y en que las pequeñas poblaciones se mantienen unidas por las viejas costumbres que se pegan sobre la superficie del terreno en que se planta el hombre, identificado con la tierra, al grado que se convierte en un ídola de sus propios lugares, profesando hasta el misticismo lo que pudiera llamarse "la religión del suelo". En la tierra caliente el trabajo de los campos no sigue la trayectoria mecánica de la técnica moderna, sino que se realiza con instrumentos de sencilla elaboración, como el arado de madera que arrastra una yunta de bueyes y que tiene un trozo de acero en la punta o "gato" como le llaman los gañanes, que sirve para rasgar la tierra y abrir el surco en que el sembrador deposita la semilla; el "talache" que se utiliza para arrancar los "matones" que estorban el crecimiento de las matas productivas; y la "tarecua", instrumento de labranza en forma de triángulo que sirve para "escardar" el surco y quitar las hierbas nocivas para el desarrollo del maíz.

LA TIERRA FRÍA

En la tierra fría se halla establecida la antigua raza de los tarascos, que infunden un peculiar aspecto a la región; por eso, en el Norte de Michoacán la leyenda corre como el viento y el amor al paisaje indica que los tarascos creen encontrar en la primorosa vegetación el alma de sus antepasados.

Rápidamente vamos a iniciar el recorrido por los principales lugares del Norte del Estado.

LA HEROICA ZITACUARO

Zitácuaro, palabra tarasca (*zitacua*), que equivale a dos fanegas de maíz, se halla situado cerca de las altas serranías y ha desempeñado un papel importante en la historia del país. Durante la Independencia, los insurgentes tienen allí uno de sus principales asientos de campaña y nos lo demuestran la Junta de Zitácuaro y la histórica personalidad de Ignacio López Rayón. Y más

tarde, en la época de la invasión de los franceses, los representantes de la libertad y del derecho buscan asilo en el pueblo de Zitácuaro para combatir por la honra de la soberanía nacional amenazada. Los habitantes de Zitácuaro dieron entonces pruebas de patriotismo y lealtad, abandonando sus hogares y refugiándose en los montes para sostener la justicia y la independencia de los principios humanos.

“Desde los peñascos de la loma de la Palma—dice Riva Palacio—, desde las mesetas del Cerro de Caménbero, desde los encinos que cubren la falda del Cacique, los vecinos de Zitácuaro vieron a su ciudad, como una hechicera de la Edad Media, agitarse, estremecerse y desaparecer entre las llamas... y luego, un manto de cenizas como un sudario, tenderse sobre el antiguo recinto de la ciudad heroica”.

Pero con el tiempo Zitácuaro se ha vuelto a reconstruir y ahora es una población importante por su comercio y su floreciente agricultura. Entran allí casi todas las semillas de la tierra caliente, circunstancia por la que constantemente transitan por sus calles hatajos completos con pesada carga, y por la noche se juntan en su plaza principal arrieros del interior que, tras la fatiga de las largas jornadas, entonan la canción evocadora que parece regresar hacia los sitios perdidos en el lejano horizonte.

POR LAS RUTAS DEL INTERIOR

Empezamos nuevamente a caminar y hemos de pasar por Morelia, con sus coloniales edificios, su célebre Universidad y sus provincianos paseos, como el Bosque y el Parque Juárez; pero no nos podemos detener y hemos de dejar atrás la ciudad de Pátzcuaro, con su histórica catedral y sus calles empedradas por las que parecen resonar todavía los pasos de don Vasco; acaso fijaremos un poco la mirada en el paisaje de su inmensa laguna, sobre la que se desliza una lanchita de tarascos que después de vender sus pescados frescos en el mercado, regresan a su isleta tranquila que emerge sobre las aguas como el espíritu de la bella Eréndira; hemos de seguir adelante, venciendo la tentación que nos empuja hacia Uruapan para contemplar las maravillas del paraíso terrenal, sus hermosas mujeres con talladas jícaras en los brazos morenos, desbordándose de frutas y de flores; vamos de prisa y no nos es posible extasiarnos largamente en la cascada de la Tzaráracua que arrastra en su espuma el rumor de la sierra. Hemos de conformarnos con

admirar a lo lejos la espléndida perspectiva del pico de Tancítaro, de donde se desprenden limpidos manantiales que bajan hacia los valles para nutrir la vegetación exuberante; hemos de dejar atrás toda esa filigrana de plásticas bellezas al alcance de la cámara fotográfica del turista, para ir hacia el interior, a encontrar en rápido recorrido el típico Michoacán que en realidad desconoce el visitante que no va más allá de lo común.

A vuelo de pájaro, nosotros vamos a cruzar por los lugares en que habitan los tarascos o purépechas, con la pureza de su lenguaje y la primitiva técnica de su trabajo. Hemos de atravesar partes en que existen pueblos aislados, hasta alcanzar el extenso valle que forma la región de los Once Pueblos, algunos de los cuales son: Caropa, Huancito, Sopaco, Tacuro, Tanaquillo, Santo Tomás. Todos tienen un sencillo régimen de vida: se dedican a los trabajos agrícolas, en determinadas épocas del año, pero su principal actividad consiste en la explotación de la madera que una vez labrada en pequeñas tablas o en cortos trozos, la venden en los pueblos cercanos de mayor importancia, como material para las industrias manufactureras de la región.

Es curioso observar cómo han logrado mantenerse alejados de las nuevas modalidades sociales; todavía siguen fieles a sus costumbres y sus antiguos ritos. Por ejemplo, la institución del matrimonio se realiza entre ellos de manera especial, mediante actos simbólicos que explican su antiguo significado. En la víspera de la boda, la doncella es sometida a un baño de agua aromática y cristalina, para que lleve el cuerpo limpio y fresco en la hora del sacrificio; en la ceremonia nupcial—y aquí se explica la teoría del rapto—, ante la presencia de todos los familiares de ambos cónyuges, el hombre ejecuta una danza ritual en la que carga sobre sus espaldas con la mujer para llevarla a su casa, no sin antes haber entablado una lucha simulada con los futuros cuñados.

CON LOS MUSICOS DE PARACHO

Cabalgando sobre las ondas del aire, seguimos la línea del trayecto veloz para llegar a Paracho, pueblo de extraordinario interés por su floreciente industria de artefactos instrumentales admirablemente labrados en la fina madera de la sierra; con tornos primitivos se fabrican allí innumerables objetos domésticos y decorativos, como los molinillos, los baúles, las bateas, los ju-

guetes y toda esa variedad de curiosas figuritas que se ofrecen a la mirada del asombrado viajero.

Las guitarras y los violines de Paracho son verdaderas obras de arte, de magnífica elaboración. Y es que los paracheños son gentes que poseen congénitas cualidades de músicos y artistas, con una intuitiva facultad para escoger los temas de la armonía y captar las expresiones plásticas de la belleza. Sus pinturas y sus dibujos —típicas maneras de interpretar la intensidad del color y la originalidad de la línea— revelan la técnica especial de que se valen para realizar sus concepciones artísticas; y sus danzas, significativamente moralistas por su fondo religioso, suponen una serie de ordenados movimientos que nos explican el misticismo de su imaginación. Dice don Eduardo Ruiz que en ninguna parte como en Paracho arraigaron las prácticas ceremoniales, a causa de que los purépechas de aquel pueblo son muy dados a venerar las imágenes. Desde épocas remotas los filarmónicos compusieron música especial para cada una de las festividades sacramentales; a veces son alegres sonos que se levantan sobre el viento en notas estrepitosas, como los que se tocan en los casamientos, en el carnaval, en la *parandatzicua* y en la *sirangua*; ora graves y solemnes, como en los bailes de las doncellas consagradas al culto de la Virgen. Ya indican una plegaria de fervorosas emociones, como el cantar de la Cruz del Sur; ya el coro infantil de las pastoras que llevan sus ofrendas al niño Dios.

Sin embargo, tenemos que abandonar la región de la música y de la leyenda tarascas, sin haber alcanzado a visitar Zamora y sus cercanías, ni la región de los Reyes, que se quedaron muy lejos. Marchamos por caminos opuestos y sin poder resistir el lastimoso frío de la sierra, con el “gabán embrocado” o “la picha cobijada”, como dicen los abajeños cuando se refieren a los sarapes, pasamos por las calles de subida y bajada del pueblo de Tacámbaro, que se halla encajado en la falda de una pedregosa y elevada colina; atravesamos por la mitad de los verdes cañaverales de Chupio y Pedernales, saltando los arroyuelos que salen de las huertas a oírnos perorar, para internarnos de lleno en los anchos caminos de la Tierra Caliente, siguiendo los “chiflidos” de los arrieros que arrean sus animales con los “pajuelazos” del “ta-pojo”.

LOS DOS RUMBOS SURIANOS

En el Sur de Michoacán se extienden las inmensas llanuras que se eslabonan en telúrica ca-

dena: los llanos de Antúnez, el Plan de Urecho, los planes de Cutzian Grande, los llanos del Balsas. La fertilidad de estas tierras reviste prodigiosos aspectos de milagro, porque se hacen de barro y resucitan el maíz, como en el bíblico relato, pero el rendimiento de su productividad, como todo terreno de temporal sin la posibilidad del riego artificial, se halla supeditado al arriesgado albur de la clemencia o inclemencia del tiempo. La época de lluvias, ¡oh sensación alentadora de la nutritiva humedad!, representa el transcurso de los buenos días para los agricultores de ley, pero cuando no llueve, ¡ah impresión desesperante de la resequedad!, parece que el campo muere, que se entierra, y con él acaba la misma actividad del hombre que vive con la cara alzada hacia el cielo, para seguir el retumbo del trueno que se aleja y la correría de las nubes ingratas que no sueltan ni una gota.

Las gentes del Sur no tienen idea de la clasificación de las estaciones del año y para ellos no existen sino dos etapas fundamentales: la cuaresma, que comprende los calurosos días en que la tierra se convierte en secos *terregales* y el ganado enflaquece porque se acaban los pastos y se agotan hasta los charcos cenagosos; y la temporada “de aguas” que abarca la época de las lluvias en que el mundo nace de nuevo y la tierra y el hombre se juntan amorosamente con el abrazo fuerte del surco y de la siembra.

Si nos atrevemos a asomarnos por los pueblos del Sur, hemos de empezar por Carácuaro, que está a un paso de Nocupétaro, en que todavía se levanta la vieja parroquia en donde Morelos cumplía sus deberes eclesiásticos, antes de poner su espada al servicio de la patria. Caminamos después por lomas largas y extensas llanuras en las que a menudo se encuentran “partidas de ganados”, destinadas a abastecer de carne a las urbes modernas; tropezamos a cada rato con pequeñas rancherías de gentes hospitalarias que nos regalan un jarro de agua, mientras nos fijamos en el caballo ensillado que amarrado en el “horcón de la ramada” espera al curtido jinete para salir a “campear”; pasamos por Tiquicheo, tendido sobre el polvoso terreno, hasta salir a San Lucas, con su vetusta iglesia, en cuyo altar se venera la milagrosa Virgen del mismo nombre, y su plaza amplia en la que anualmente se reúnen los buenos compradores y la mejor caballada regional, para dar vida a la famosa feria de La Candelaria. Vamos en seguida a Huetamo, con sus calles disparejas y sus casas de teja, la población de importante tráfico comercial, a la que

van a "placear" las cuadrillas cercanas para vender algunos productos, como "los pochos y las tinajas" de Zicuirán.

EN LAS ORILLAS DEL BALSAS

Pero ya que estamos cerca de las riberas del Balsas, hemos de acompañar al lustroso aparato que nos sirve de vehículo para llegar al hermoso pueblito de Zirándaro, que ahora pertenece a Guerrero, pero proviene del alma michoacana; llegamos a su plaza llena de frondosos tamarindos y de copudas "saibas", para seguir paseándonos por sus largos portales, con intenciones de ir al "ciruelar" a saborear sus carnosos frutos.

Zirándaro, lo podemos ver desde "las cuchillas" del embarcadero, es una reducida pero selecta población en que todos son parientes y sus bellas mujeres se asemejan al tipo clásico de las circasianas, por lo impecable de sus rasgos fiso-

nómicos. El pueblo se encuentra enclavado en las riberas del Balsas, y parece ser un largo caimán que salió a tomar el sol en lo alto de la playa y se quedó allí definitivamente, como si las manos de los cerros lo hubiesen detenido. En las noches tibias de Zirándaro, una ronda de jóvenes pueblerinos, con Angel Pineda, José Bermúdez y Albino Macedo a la cabeza, en melódico coro se dirigen a la tímida ribereña que escucha desde su lecho las notas de la canción.

Las noches de las orillas del Balsas tienen algo de los primeros días del mundo, porque cuando el barco de estilo belga quiebra la luna en la corriente, los montaraces animales lo contemplan desde el paredón. Allí el ateísmo es imposible, porque los misteriosos ruidos de la selva hablan al corazón del hombre que concibe la superstición. Todo es asombroso y, según Riva Palacio, se siente crecer la hierba y se adivinan brotar las plantas y los árboles.

GUGLIELMO FERRERO

P o r e l D r . J O S E S I L V A

CATEDRÁTICO DE
LA UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
M E X I C O

GUGLIELMO Ferrero, el maestro admirado de dos generaciones de intelectuales, llegó a la cátedra de la Universidad de Ginebra, hace solamente siete años.

El caso es único si se piensa en que el Maestro tenía ya entonces una preparación de cerca de cuarenta años de estudios profundos y eclécticos; y una producción histórica, sociológica y literaria que podría llenar la vida de dos o tres sabios.

El hecho de no haber profesado nunca regularmente en un Instituto de alta cultura, se explica por la actividad extraordinaria, la multiplicidad y la aparente irregularidad de sus investigaciones.

La rutina universitaria difícilmente permite a un cerebro prismático asociado a una voluntad enérgica, producir a la vez en varios campos.

Las exigencias de los cursos, la seriedad que exige su preparación, la orientación constante del espíritu hacia cierto orden de problemas, destierran casi inevitablemente todas las aptitudes ajenas a la asignatura profesada.

Además, la racionalización del trabajo introducida por razones que aquí no debemos discutir, en el dominio científico, ha llegado a requerir una especialización de cátedra que llega a rozarse involuntariamente con el humorismo.

* * *

Un hombre genial como es Ferrero, tuvo la suerte, mejor dicho, supo crear en gran parte su destino, siguiendo el antiguo lema: *Nihil humani a me alienum*.

La universalidad de su cultura se revela por dos órdenes de manifestaciones: de una parte, por la cantidad de asuntos diversos que ordenadamente trata en libros y estudios que han alcanzado el honor de ser traducidos a muchos idio-